

Ante todo, quisiera aprovechar la oportunidad que nos brinda este encuentro para agradecer de corazón el trabajo, la ayuda y la compañía de cada uno de vosotros. Familiares, profesores, compañeros y amigos. Para dar las gracias a esta universidad, que ha sido nuestra casa, y para dar también gracias a Dios, sin quien nada de lo que hacemos encuentra sentido.

Hemos llegado al final. Hoy estamos aquí, nerviosos, emocionados y, ante todo, orgullosos del camino que hemos hecho durante estos largos años universitarios. ¿Quién nos lo iba a decir cuando, temblorosos y asustados, entrábamos por primera vez en el patio que tantas horas nos ha contemplado? Nuestro pequeño patio de la Facultad, donde hemos mantenido interesantísimas conversaciones con profesores y compañeros, donde nos hemos sorprendido, donde hemos dormido y charlado y cantado y comido, donde quizá nos hemos enamorado... Donde nos hemos conocido. Donde hemos vivido.

Esto es la universidad: un reflejo de la vida. Y como tal, ha tenido momentos de inmensa alegría -como el que ha supuesto para muchos de nosotros aprobar ciertas asignaturas-, momentos de angustia -que se lo digan a los que entraban temblando a defender su proyecto ante el tribunal-, días de diversión -como las batallas de nieve en el patio, el viaje de Ecuador o los días de karaoke- y días de felicidad, que, en el fondo, han sido todos. Porque no todos los días han sido buenos, pero en todos ellos ha habido algo bueno. Era y es cuestión de saber mirar la realidad.

Yo estoy hoy aquí con el inmenso honor de poder representar a todos mis compañeros y con la absoluta seguridad de que cualquiera de ellos podría haberlo hecho mejor. Pero ante todo estoy aquí porque quiero dar testimonio del increíble camino que he realizado, que hemos realizado juntos, y que sin todas y cada una de las personas **que estamos hoy aquí reunidas** no habría sido posible. Porque este no es sólo un momento académico. Es un momento vital.

Cada uno de nosotros comenzó este camino con unas esperanzas, con unos deseos y, ante todo, con unas exigencias. Exigencias de plenitud y exigencias de cumplimiento. Cada uno de los días que hemos pasado en estas aulas, formándonos, poniendo en juego todo lo que somos, ha contribuido a nuestro crecimiento, pero también al avance de la sociedad. El paso por la universidad es un momento clave de la vida. Como dijo Benedicto XVI en su discurso en El Escorial, la *universitas* es el lugar donde profesores y alumnos buscan la verdad juntos. ¿Hay una tarea más importante?

A veces, y especialmente en los tiempos que corren, se piensa que la función de la universidad es sólo la de crear profesionales competentes, la de fabricar operarios eficaces que satisfagan la demanda laboral y las exigencias de las empresas. Existe una visión utilitarista de la educación. Pero nosotros que hemos vivido la universidad hemos sentido el anhelo de encontrar algo más: esta búsqueda que hemos comenzado no debe acabar nunca. Y es una búsqueda apasionante.

Si hay algo que he aprendido estos cinco años, y estoy inmensamente agradecida al profesor que me lo enseñó, es que el ideal en la vida es la comunicación. Por eso nosotros hemos elegido la profesión más bella: la que lleva a la unidad. Ahí radica nuestra esperanza: en la certeza de saber que, hagamos lo que hagamos, si ponemos el corazón en ello, ya hemos ganado. Saldremos cada día a comernos el mundo, a mejorarlo.

Flaubert dijo que a un alma se la mide por la amplitud de sus deseos. Estamos capacitados para dejar huella: cada uno de nosotros ya la ha dejado en estas aulas, en nuestros profesores, en nuestros compañeros, en nuestras familias. Ahora comenzamos una nueva etapa en la que cada uno de nosotros buscará su propio camino, pero sabemos que no caminamos solos.

Os invito a ser extraordinarios en cada momento de vuestra vida. Os invito a no rendiros, a dar lo mejor de vosotros mismos, y a llevar en el corazón todo lo que hemos adquirido. No desechéis ni una sola de las lecciones que aquí habéis aprendido y, ante todo, no os detengáis, no os dejéis vencer por el desaliento. Como nos pide Whitman, disfrutad del pánico que provoca tener la vida por delante. Vividla intensamente, sin mediocridad. Pensad que en vosotros está el futuro y encarad la tarea con orgullo y sin miedo.

Hoy es el primer día del resto de nuestra vida. Y tenemos que decidir: sentir cómo apremian dentro de uno las exigencias de felicidad, de belleza, de justicia, de amor... Sentir cómo vibran, cómo bullen en cada fibra de nuestro ser, es inevitable. Tomárselas en serio es una decisión. La

decisión más grande de la vida. Una decisión de consecuencias imprevisibles. Sólo para personas audaces, para gente libre, viva, capaz de quererse de verdad. Para personas que quieren vivir a la altura del ideal hacia el que empuja el corazón sin descanso.

Seamos esas personas.